

SU LLEGADA. Escrito por Fátima Tahiri.

La promesa que me hizo exactamente nueve meses tras aquella visita forzada se estaba cumpliendo y yo ya lo notaba cerca.

Me acechaba a la vuelta de la esquina, me escudriñaba esperando ese momento perfecto, ese resquicio de debilidad para acabar conmigo y aniquilarme más de lo que ya lo había hecho.

Era de noche e intentando escapar de aquella inminente amenaza, cogí el arma y eché a correr, desesperada, sin rumbo fijo. Quería acabar con todo de una vez, acabar con aquella agonía que no me dejaba vivir.

Era invierno y, a pesar de la gruesa chaqueta que llevaba, el frío calaba mis huesos. Mi dolorido cuerpo temblaba pero no solo tenía que ver con el frío.

Él, desde su rincón, se hacía cada vez más grande, más fuerte; absorbía mi energía haciéndome perder el contacto con el mundo.

Sin ninguna compasión, él seguía despertándome por las noches, desorientándome y haciéndome perder la noción del tiempo.

Era una marioneta a su antojo; hacía de mí su esclava.

Llegué a acostumbrarme a sus golpes pero aquel día sus ataques aumentaron, siendo consciente de lo que se avecinaba.

Quería huir y mientras corría, el viento golpeaba mi cara sin piedad, el aire se iba agotando poco a poco, mi corazón bombeaba intensamente tratando de repartir el escaso oxígeno que mis torturados pulmones eran capaz de conseguir. Mis músculos protestaban por el dolor, se retorcían y contraían a su antojo.

Él, consciente del dolor y carente de aquello llamado piedad, me torturaba lentamente, como siempre le había gustado.

Me caí al suelo pues sus golpes deshumanizados se habían centrado en mi abdomen. Traté de buscar reposo en el suelo de aquella calle donde no se oían más que mis gritos.

Le exigí que parara, que saliese de mí, que ¡por el amor de Dios! me liberara de aquel martirio. Pero él, obstinado en su tarea, prefería seguir retorciendo mis entrañas en busca de algo en mi interior para luego sacarlo al exterior y acabar así con mi maltrecho cuerpo.

El dolor se me hacía insoportable, embotando todos mis sentidos, por lo que decidí rendirme y aceptar la derrota. A partir de ahí todo se hizo más llevadero.

-¡Empuja con más fuerza!- Decía una borrosa y lejana voz que no era capaz de reconocer.

De repente la calma invadió mi cuerpo cuando él rompió a llorar por primera vez, por fin había nacido.